

# LA GUERRA Y LOS PROBLEMAS DE ALIMENTACION

CONFERENCIA SUSTENTADA POR EL  
Dr. Francisco De P. Miranda  
EN EL  
ATENEO DE CIENCIAS Y ARTES DE  
MEXICO  
EL 25 DE OCTUBRE DE 1943



MEXICO, D. F.

1999  
S.XV  
MEXICO

# LA GUERRA Y LOS PROBLEMAS DE ALIMENTACION

CONFERENCIA SUSTENTADA POR EL  
Dr. Francisco De P. Miranda  
EN EL  
ATENEO DE CIENCIAS Y ARTES DE  
MEXICO  
EL 25 DE OCTUBRE DE 1943



MEXICO, D. F.

## LA GUERRA Y LOS PROBLEMAS DE ALIMENTACION

■  
Dr. Francisco de P. Miranda

Es ya cosa que se da por sabida que la guerra no viene sola, que este jinete del Apocalipsis trae siempre a sus acompañantes.

Tal ha sucedido en el pasado y tal tendrá que seguir sucediendo en el futuro, pues los perfeccionamientos de la técnica no pueden hacer variar sino cuantitativamente los fenómenos que se entrelazan en el complejo social.

La técnica hace variar lo mismo los métodos de ataque que los de defensa, los de destrucción y los de conservación. La técnica hace sus víctimas y la técnica intenta salvarlas. Un momento se creyó que esta guerra que estamos presenciando y en la que estamos ya participando, podría ser una guerra corta. Ya es más larga que la anterior, precisamente porque un ataque es devastador mientras no se equilibra con la defensa. Cuando ésta se perfecciona la contienda se alarga hasta que de nuevo se rompe el equilibrio. Por eso las guerras tienen una fase de predominio del bando mejor preparado, otra de equilibrio inestable y otra final que tiene a veces los caracteres de un colapso.

Las pérdidas humanas y materiales son cada vez mayores. Se han venido agigantando en intensidad y en extensión. Cada vez participa mayor número de naciones, y de cada nación mayor número de elementos.

Parece no haber ya más límites a la ferocidad de la agresión que el temor de la represalia y este temor es poco para la

soberbia del que se cree más fuerte y desprecia la capacidad del contrario. Crece el número y el poder de destrucción del agresor y crece la vulnerabilidad de los atacados. Porque en la planeación de la guerra se buscan precisamente los puntos débiles del enemigo, para acumular sobre ellos la mayor fuerza destructiva. Se deja intacta la Línea Maginot y se bombardean escuelas, hospitales, iglesias y conventos. No hay una ética de la guerra, hay una amoralidad pasmosa en el ataque. El bando agresor que provocó la guerra dejó atrás las consideraciones éticas desde el momento en que empezó a planear la guerra, rompió el respeto a los tratados y a las convenciones, se apartó de las leyes caballerescas, hizo a un lado obstáculos de toda clase y entre éstos se hallaron precisamente las barreras de humanidad, de moralidad y de decencia y pudo así madurar un plan en el que ancianos, mujeres y niños habrían de caer lo mismo que los combatientes, bajo el fuego de la metralla, bajo los rigores de la miseria y del hambre, bajo el látigo inmisericorde de la vejación y del insulto. No hay sino una ley: la ley de la fuerza, no hay más sentimientos y emociones que los que da la sed de dominio, de venganza, de crueldad y de odio que se apodera del alma del agresor deformada por el demonio de la soberbia.

La técnica ha avanzado y con la técnica y formando parte de ella hay un conocimiento cada vez mayor del fenómeno en toda su inmensa complejidad. Las guerras se planean de antemano, hay un período de incubación en que se amontonan los recursos que van a desatarse el día grande, el día esperado con muy disimulada impaciencia. Durante ese período de incubación, la diplomacia que no puede llamarse maquiavélica, porque los modernos maquiavelos hacen aparecer al original como un impúber aprendiz de política. Hay todo un arte para enmascarar, disimular y ocultar los preparativos. Contrasta con ellos la despreocupación, la inocencia, la estupidez de la futura víctima, que aparece ocupada en tapar el sol con un paraguas mientras que a los ojos abiertos de un verdadero observador aparecen claros los signos de incubación de la tragedia, a la vez que la gestación de los Quislings, los colaboracionistas, los aislacionistas, las especies diversas del género siempre redivivo de los traidores a la patria.

Presagios del cataclismo son siempre los falsos profetas, los falsos salvadores de la humanidad, las nuevas religiones, los nuevos dioses que siembran el desconcierto, que hacen in-

distinguible el bien del mal, y las sombras desconcertantes que se extienden por doquier ocultando la luz de la verdad.

No podemos comprender que la Humanidad de hoy soporte este castigo terrible de la guerra, como soporta las consecuencias de una ley natural, que la guerra sea como el rayo, como los sismos, y los ciclones, manifestaciones naturales difíciles de prever y difíciles de contrarrestar, manifestaciones de un acumulamiento impensado de energía que un día se desata, ciega y fatal sobre la Humanidad.

Sentimos que la guerra es obra del hombre mismo, que es el hombre el que la medita y la prepara haciendo ese acumulamiento de energía para desatarla conscientemente sobre la parte de la Humanidad que considera su enemiga y que si no se preven todas las circunstancias y todas las consecuencias de ese acto terrible, es porque la inteligencia humana es incapaz de abarcar el fenómeno en toda su inmensa complejidad y porque hay factores que escapan a toda posibilidad de evaluación y de cálculo, factores que, como el heroísmo, desafían y superan a lo imaginable, milagros de la voluntad, factores sublimes de la realidad.

Es, Señoras y Señores, que como antes dije, el agresor al despreciar la dignidad de la persona humana, desprecia los valores humanos y en esto consiste su trágica equivocación.

Antiguamente, el hambre y la peste eran factores que si se tomaban en cuenta, era más bien como consecuencias más o menos ineludibles de la guerra, pero la producción del hambre como arma de combate ha ido evolucionando a pasos agigantados. Empezó a empleársele como parte de la técnica del sitio. Se sitiaba una plaza, una fortaleza, un lugar difícil de atacar con otras armas. El sitio evolucionó hacia el bloqueo. Este adquirió características gigantes cuando llegó a hacerse continental. Nadie duda de que en la guerra pasada el bloqueo fué el elemento predominante que determinó el colapso de la Europa Central, al fracasar la guerra submarina, arma que se trató de perfeccionar no sólo para contrarrestar el bloqueo, sino para bloquear a las Islas Británicas.

El bloqueo para ser efectivo necesita dirigirse contra una nación o grupo de naciones que no se basten a sí mismas, que necesiten la importación de materias alimenticias básicas. A este respecto las Islas Británicas son más vulnerables que la Europa Central, pues el volumen de sus importaciones de ma-

terias alimenticias ha sido mayor, sobre todo si se consideran como importaciones las materias llevadas de las Colonias. Claro está que el bloqueo tiene un alcance mayor que el dirigido a cortar el abastecimiento de víveres. No menos importante es el transporte de materias primas para las industrias, y de combustible, pero por el momento no consideraremos este aspecto del bloqueo.

La preparación para esta guerra, iniciada francamente por Alemania en 1933, tuvo muy en cuenta la experiencia de la anterior y hubo el propósito firme de evitar que esta vez sufriera por carencia de alimentos, y escapara así del hambre, cualesquiera que fueran las medidas necesarias para lograrlo.

Si alguna vez se ha hecho en el mundo una planeación metódica de las necesidades de una nación en alimentos, ésta fue primero realizada por Alemania.

Bien al tanto de los adelantos que en materia de nutrición se han logrado en el mundo, tuvo este país en cuenta la distinción que es necesario hacer entre una dieta óptima, una protectora mínima, suficiente para que no se presenten las enfermedades específicas de malnutrición, una dieta de malnutrición conducente a dichas enfermedades específicas, una dieta insuficiente, lentamente agotante que no compensa las pérdidas calorías por irradiación y por gasto energético y por último una dieta de hambre conducente, en plazo relativamente breve a graves cuadros de inanición.

Alemania creó en su pueblo un estado de ánimo exaltado, semejante en cierto modo al misticismo, propicio a una obediencia ciega a las órdenes del dictador, del "führer", que se habría de utilizar no sólo para los fines ordinarios de la guerra, sino para medidas rígidas de racionamiento, que habría de permitirle ahorrar los recursos alimenticios del país, a la vez que conservar en la medida de lo necesario el vigor físico del pueblo, acumulándose así una cantidad de recursos alimenticios nunca antes imaginado, en los lugares donde habrían de utilizarse.

Ya que hablamos de racionamiento, diré de una vez por todas, que la eficacia de esta medida es tanto mayor cuando más oportuna es, y que un racionamiento es oportuno cuando se hace mucho tiempo antes de que se llegue a la escasez real, ya que esta medida debe ser de orden preventivo y no curativo, que el racionamiento no implica necesariamente la im-

posición de una dieta insuficiente o pobre, sino una repartición equitativa que atiende más a las necesidades de los distintos grupos de población que a sus recursos económicos. Su virtud consisten en subordinar la economía a la salubridad, a la fisiología, en suspender la libertad caprichosa por los dictados de la técnica.

Se impiden así los desperdicios, se obliga al consumo de los excedentes, se estudia el uso de alimentos "ersatz" o de sustitución, se obliga al consumo de lo que es más alimenticio, a pesar de no ser muy atractivo, se educa al pueblo haciéndole adquirir hábitos saludables de alimentación; en una palabra, se lleva a cabo la más sabia economía dirigida en materia de alimentación con resultados a veces tan excelentes y paradójicos, que puede tenerse el espectáculo de un pueblo como el Inglés cuya salud prospera en medio de las adversidades de la guerra.

Pero volvamos al asunto de la planeación de esta guerra. Un amigo mío distinguido pudo vaticinarnos la fecha de la invasión de Polonia, con sólo conocer la fecha en que las cosechas se levantan. Estalló la guerra conforme se tenía planeado. Se habían hecho los movimientos previos preparatorios para el ataque, se había previsto la época de apaciguamiento y se dieron mañosamente los golpes que podían darse hasta agotar esa capacidad de apaciguamiento de los pueblos contrarios; y en el día previsto, se desató la Blitzkrieg calculada entre otras cosas para apoderarse de las cosechas de otras naciones en beneficio de Alemania. Fué así como se inició el pillaje, el saqueo que siempre ha existido en todas las guerras, como uno de los factores productores del hambre, pero esta vez el saqueo y el pillaje eran oficiales, metódicos, calculados para evitar el hambre del pueblo dominador y para sujetar a los pueblos dominados, de acuerdo con los planes preconcebidos, dando siempre preferencia a los pueblos considerados como superiores en la jerarquía nazi, según el concepto racial preponderante y secundariamente, según el grado de colaboración prestado por esos pueblos. El 4 de octubre de 1942 Goering hizo una declaración franca y categórica sobre el particular. Dijo: "Los territorios conquistados son los más fértiles de Europa. La mayor parte de lo que se dice sobre la seriedad de la situación en materia de alimentos es sólo propaganda enemiga. Estoy resuelto a que, si bien no deseo ver a la población de los países

ocupados sufrir privaciones y hambre, si por medidas del enemigo la privación es inevitable, ésta en ninguna circunstancia afectará a Alemania. El pueblo Alemán vendrá primero que todos los pueblos en cuestión de alimentos". Esta declaración no deja dudas acerca de cuales fueron desde el principio los planes de Alemania; explica lo ya entonces ejecutado, sólo que la realidad va más allá de lo confesado por Goering: había en estos planes un calculado exterminio de las razas por ellos consideradas como inferiores. La verdad es que, aun cuando Alemania pierda esta vez la guerra, como es seguro que la perderá, una gran parte de sus planes ya se han llevado a cabo sin remedio. Los males causados a los pueblos subyugados son tales, que difícilmente podrá Alemania perder su superioridad demográfica. Muchos han sido muertos en combate, muchos los muertos no combatientes entre bombardeos, fusilamientos de rehenes y otras formas de muerte violenta, pero más han sido los que han caído víctimas de los rigores del hambre, del frío y de la miseria, producida conscientemente por el pillaje alemán.

A pesar de la decantada disciplina, Alemania no ha podido o no ha querido evitar el pillaje no oficial de sus hordas y su manifestación más aparente ha sido la aparición de un mercado negro que no es el acostumbrado mercado negro de los acaparadores, de los comerciantes explotadores; éstos no pueden asomar las narices en una región de tan alta severidad punitiva como la que existe en los países subyugados. El mercado negro está sostenido por los miembros mismos de las fuerzas armadas de Alemania. Un Gobierno, por fuerte que sea, no puede ordenar a sus secuaces el pillaje y evitar que algo se quede en manos de los salteadores, pero el mercado negro exige como siempre precios altísimos que no está al alcance sino de los privilegiados y no es posible hacer vivir a una población, del mercado negro.

Perdonadme que me haya extendido en la descripción de estos factores de hambre y que en este informe no me limite a presentar los hechos sin comentarios; no se entenderían los hechos a los que pretendemos asomarnos, si no tomamos esos factores en consideración.

Siempre el hambre ha seguido a la guerra, es cierto pero no con los perfiles y los aspectos con que hoy se presenta ante nosotros.

El botín de alimentos fué la más importante ganancia de Alemania en sus primeras victorias. Pudo verse a los camiones del Wehrmacht bien cargados de los granos de Polonia, de los cerdos daneses, de la mantequilla y el queso holandeses, de los vinos franceses, de las aceitunas griegas canalizando hacia el Reich la riqueza nutritiva de estos pueblos. Poco después de la ocupación del Sudeten, Alemania obligó al Gobierno Checoslovaco a "vender" su reserva de granos de 750,000 toneladas. Nunca se hizo el pago. Al ocupar Praga en marzo de 1939 requisaron las demás reservas de alimentos. A medida que fue Alemania ocupando otras naciones, fue confiscando las existencias de alimentos. Así sucedió en Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Yugoslavia y Grecia. De Noruega tomó la reserva de crisis de 300,000 toneladas de patata y la existencia de pescado seco. De Dinamarca una existencia valuada en 10.000,000 de dólares de tocino, mantequilla y huevos destinada a las Islas Británicas y nueve décimos de las reservas de mantequilla propias de Dinamarca.

Las requisiciones fueron o confiscadas o pagadas nominalmente con notas de la Oficina de Crédito del Reich, válidas solamente en el país para el que fueron emitidas, sin garantía alguna, notas que no representaban gasto alguno para Alemania.

A estas confiscaciones de existencia y reservas siguieron las de cosechas a medida que se fueron logrando.

Los distritos occidentales de Polonia incorporados al Reich como provincias de Wartherland y Danzing West Preussen se convirtieron en inmenso granero de donde los judíos polacos fueron desterrados para arrojarlos a otras provincias pobres, donde ya se carecía de los elementos necesarios para alimentar a los pobladores. El Watherland ha estado dando de 700,000 a 800,000 toneladas de grano por año a Alemania, cifras que duplican las antiguas exportaciones de Polonia. Desde el verano de 1940 Francia ocupada ha sido también un granero para Alemania y antes del 7 de noviembre de 1942, también el Africa Francesa le proporcionó alimentos.

Alemania hizo un ventajoso contrato de trueque con la Francia de Vichy, firmado en febrero 15 de 1941. El contrato es digno de conocerse y lamento no poder dároslo a conocer por falta de tiempo. Otras muchas exacciones sufrió la

zona no ocupada, arrinconada con constantes amenazas, por una Alemania a merced de la cual vivía.

Mencionar todas las exacciones que Alemania ha venido cometiendo sobre estos pueblos dominados haría interminable este relato.

Se ve claramente cómo no podemos considerar que la aparición del hambre en los países dominados se deba solamente a las causas ordinarias que se han presentado en las guerras pasadas.

Estas causas ordinarias son demasiado conocidas, una de ellas es que el material humano, el "man power" de los norteamericanos ha de dividirse entre el frente de la guerra, el frente de las industrias de guerra, el de las industrias no transformables, entre las cuales figuran los de alimentos, los transportes y la producción agrícola.

Por mucho que la mujer haya venido a prestar su concurso, cada vez más extenso, liberando a los hombres para el frente de combatientes, es tan grande la exigencia de material humano, que en esta guerra se han visto surgir nuevas formas de solución de este conflicto. Una de ellas es la conscripción de ciudadanos de las naciones sojuzgadas para obligarlos a trabajar en las industrias de guerra del Reich.

Mientras mayor sea la presión de las Naciones Unidas en el frente combatiente, mayor cantidad de hombres será necesario enviar a la hornaza del combate sustrayéndolos a los otros frentes de producción.

El combustible es otro de los problemas, pues se emplea hoy en cantidades exorbitantes en los aeroplanos, en los tanques, en los camiones de transporte militar, a la vez que en las industrias de guerra y de ahí que se resientan los transportes de alimentos para la población civil. Hoy día en España todavía es aguda la escasez de alimentos en ciertas regiones, por falta de gasolina, para los botes pesqueros, para los transportes de víveres y si ésto es en un país que tiene ahora el carácter de neutral, ¿qué no será en los países en guerra? La dislocación de los transportes por los bombardeos viene a agudizar el problema.

Alemania ha sido capaz de contrarrestar muchos de estos factores en cierta medida, de tal manera que todavía a la fecha no sufre de una escasez seria en la alimentación de su pueblo, pero no hay uno sólo de los pueblos sojuzgados que no sufran de una escasez más o menos aguda.

Sucedan cosas difíciles de comprender por lo complejas.

El ganado, por ejemplo, es alimento solamente cuando ha sido sacrificado. Mientras esté en pie el animal es rival del hombre en la lucha por la vida. Expertos en economía deciden en qué circunstancias esta rivalidad es tal que vale más sacrificar al animal que tenerlo que alimentar. Utilizando granos enteros para la alimentación humana, todo el valor calórico y vitamínico va directamente al hombre. Utilizando la cebada, la avena y el centeno para la alimentación humana, se hace ineconómico el conservar el ganado y las aves de corral. Alemania hace comer estos granos a los pueblos sojuzgados obligándoles a ceder o sacrificar sus reservas de animales vivos mientras ella conserva éstos para su propio pueblo.

Ya Darré en 1937 escribió un libro condenando la matanza de cerdos ordenada por el Ministro de Guerra económica del Reich en la guerra pasada, y que condujo al hambre proteica del pueblo alemán.

La graduación establecida en las raciones que deja ver los planes de supervivencia hechos en Alemania, coloca a esta nación en primer lugar, en segundo lugar a los territorios incorporados al Reich, como son el territorio Checo y Polaco occidental: después Dinamarca, Holanda y Bélgica, todavía después siguen Finlandeses y Noruegos como pueblos arios, después vienen los Italianos, a pesar de su pasada colaboración, después han venido los Franceses, los croatas y eslovenos y por último los Griegos y los Judíos.

La clave de la deserción de Italia estuvo precisamente en esta colocación que Alemania quiso darle en la escala nutritiva a pesar de ser una nación aliada.

La estupidez del Duce en aliarse a Alemania se hizo patente por el desprecio con que Alemania vio siempre a este pueblo latino; cuando se asestó a Francia la puñalada por la espalda fue en un momento en que Alemania era aparentemente la fatal vencedora en el conflicto, momento en que Italia no tenía las reservas suficientes de alimentos para su propio pueblo. El racionamiento en Italia no tuvo carácter profiláctico: era de necesidad inmediata, y Alemania nunca quiso venir en socorro de su aliada. Italia resistió la penuria de alimentos mientras pudo contar con la pitanza de su imperio en Africa. Cuando éste le faltó, el colapso fué inevitable. Es que no puede ser aliado de un pueblo que no sabe hacerse de amigos, porque en su soberbia desprecia

a todos y en su egoísmo pretende salvarse, aunque todo el mundo se hunda.

Pero aun los pueblos colocados en lugar preferente, están ya sufriendo desde hace tiempo de una penuria de alimentos a la que no están acostumbrados. Yo quisiera que el pueblo mexicano tuviera una ración semejante a la ración de guerra de Alemania, de Estados Unidos o de Inglaterra.

El racionamiento tiene un efecto psicológico deprimente bien conocido que se expresa en el aforismo de "la prohibición causa apetito". Personas que podrían haberse pasado sin bebidas alcohólicas por meses, han sentido una necesidad tal de alcohol en las épocas de prohibición que se han convertido en viciosos de la noche a la mañana y la falta de jabón ha producido un súbito deseo de limpieza en personas que nunca lo habían sentido. El estado de ánimo lleva al acaparamiento, tanto en manos, digamos profesionales, como en las de particulares y la aparición del mercado negro es inevitable en cuanto aparecen las primeras medidas para contrarrestar el alza de los precios. La inflación comienza a manifestarse cuando el dinero circulante excede al volumen de mercancías disponibles para la venta y el alza de los precios dificulta más la nutrición del pueblo. Por doquiera se ve hoy que una cosa es que se repartan tarjetas de racionamiento, permitiendo la compra de una determinada cantidad semanal de un alimento y otra cosa es que pueda obtenerse ese alimento en esa cantidad y a precio razonable.

En los Estados Unidos nos tocó presenciar un aspecto de ese fenómeno: ya para vencerse el plazo de validez de unas tarjetas de racionamiento de calzado, el público se precipitó a hacer su compra, porque, aun cuando no necesitara esos zapatos por el momento, sentía que algo perdía si dejaba pasar la oportunidad de comprar aquello que autorizaba su tarjeta.

No hay que creer, a pesar de lo que he dicho, sobre la posición preferente de Bélgica y Holanda, que no sufren ya la falta de alimento.

Ya en junio de 1941 leíamos que el racionamiento en Bélgica concedía una dieta de 1.200 a 1.400 calorías con 39 gramos de proteínas, 18.75 de grasas y 275 de almidones y azúcares, según la estimación del Profesor Maldague y según la del Profesor Hoet 1.138 calorías con 31 gramos de

prótidos, 25 gramos de grasas y 202 de glúcidos. Había cierta distinción para mujeres embarazadas. Estas dietas insuficientes comenzaron a producir casos de edema de guerra desde 1940, según informó Leon Dumont, "L'Escalpel". De entonces a hoy la ración ha disminuido y es inobtenible. En Francia ocupada, hubo raciones insuficientes de 1.225 calorías desde 1940. Ya para principio de 1941, Alemania había recogido 60% de las cosechas tanto en Francia ocupada como en la no ocupada y se había reducido la ración semanal de carne a 390 gramos incluyendo hueso y aponeurosis, lo que dejaba 300 gramos de verdadera carne y había colas desde las cuatro de la mañana para obtener esta ración. Una manzana costaba entonces \$ 0.25 de dólar. En cambio, los oficiales alemanes estacionados en Francia tenían para cada uno tres tarjetas y los soldados rasos gozaban de dos tarjetas por cabeza.

En Bélgica en abril de 1942 hubo 10.239 muertos y 8.745 nacimientos.

Mas no cabe duda que los dos pueblos que más han sufrido han sido los griegos y los judíos. He aquí los dos pueblos mártires de esta guerra contra los que se ha desatado una furia destructora que deja atrás todo lo imaginable. Es inútil que se diga que hay exageración en lo que se llama propaganda. La propaganda de las naciones unidas no necesita recurrir a la mentira; la realidad excede lo imaginado.

Tanta ha sido la miseria en que Alemania ha dejado a Grecia, que las Naciones Unidas se han visto en el caso de enviar auxilios a esta Nación a pesar del riesgo de que los alemanes lleguen a apoderarse de estos auxilios o que cuando menos se sientan libres ya de la obligación que han tenido de nutrir a este pueblo.

Ya en Inglaterra se han discutido y aún se discute si los auxilios llevados a esos países europeos serán contraproducentes ya que al prolongar la guerra causan en realidad más muertes, más miseria y más desolación, pero no es posible desoir un llamado como el de las Islas de Chio y Syra "Envíen trigo o envíen ataúdes".

Desde el verano de 1942, hubo de decidirse enviar a Grecia estos socorros bajo los auspicios de la Cruz Roja Internacional y desde entonces se han estado enviando cargamentos de 8.000 a 17.000 toneladas mensuales de trigo; Turquía además ha enviado socorros, Suiza ha ayudado en lo



posible a algunos de sus vecinos y Suecia ha hecho otro tanto, mas no debe pensarse que estos socorros sean en manera alguna suficientes.

No puede saberse con alguna aproximación las consecuencias del hambre entre estos pueblos.

En Varsovia en junio de 1941 se extendieron 2.620 certificados de defunción y se inhumaron 4.290 cadáveres sin certificado.

La mayor parte de los judíos sufren la pena de prescindir de los ritos religiosos del entierro de sus familiares con tal de usufructuar el único legado que dejan las víctimas: un papel azul con una J mayúscula que da derecho a la compra de un cuarto de kilo de pan a la semana.

La política de saqueo a los pueblos ocupados determinó una reacción terrible de parte del pueblo Ruso, el que al retirar sus ejércitos iba dejando tras de ellos completa desolación para que nada pudieran aprovechar los ejércitos invasores. Estas mismas medidas de destrucción absoluta están aplicando los alemanes en su retirada en Italia más allá del Volturno en los momentos presentes.

No podemos imaginar las consecuencias de semejante locura destructiva. Como dijo hace un año John Russell, Director de la Estación Experimental Agrícola de Rohanstedd: "Los alemanes al ser expulsados del territorio invadido, causarán daños que harán tambalearse de espanto a la humanidad, dejando atrás de si el hambre y la peste".

Todavía Alemania se hace la ilusión, si no de ganar la guerra, sí de que el hambre no la abata. Tiene la esperanza de encerrarse en su magna fortaleza interna, protegida por líneas Zigfried inexpugnables, pero aparte de que para la aviación no hay tal inexpugnabilidad y que ya hoy día esta verdad debería ser conocida por el pueblo alemán, son tantos los problemas que a este pueblo se le han presentado, que sus recursos son insuficientes para resolverlos.

En el Deutsche Tuberkulose Blatt de Abril de 1942 la Doctora Elizabeth Dehoff de Dresde escribía: "Tenemos trabajo abundante para nuestro pueblo y cada patrón se contenta con encontrar un obrero sin preocuparse del estado de su salud. Como 60% de todos los enfermos con lesiones tuberculosas abiertas y 80 a 90% de los portadores de lesiones estacionarias están ahora empleados, muchas veces en ocupaciones inadecuadas. Cuatrocientos mil obreros con lesiones

tuberculosas abiertas son una fuente valiosa de trabajo que no podemos desperdiciar".

La responsabilidad que Alemania no ha querido aceptar de nutrir a los pueblos sojuzgados o cuando menos de no robarles sus recursos alimenticios, si la asumirán las Naciones Unidas aun a costa de sacrificios enormes. Ya comienzan a hacerlo en la Italia vencida a la que prácticamente se está considerando como una Italia redimida. Ya se hacen planes no sólo para el socorro inmediato a medida que se logra la liberación, sino para la rehabilitación de los países sojuzgados.

El socorro inmediato, en materia de alimentos, tendrá que consistir primero en los energéticos, principalmente bajo forma de trigo; pero será necesaria la leche desecada. Como la leche natural seca no se conserva bien, habrá que recurrir a la mantquilla deshidratada y a la leche descremada seca; además se necesitan grasas variadas, harina de frijol de soya, vitamina C. sintética o concentrados de fruta cítrica.

La rehabilitación tendrá que planearse empezando por el aspecto agrícola y las industrias de alimentos. Se recurrirá seguramente a la inseminación artificial para la rehabilitación de la riqueza ganadera.

Pero los planes de las Naciones Unidas no se limitan a la liberación, socorro y rehabilitación de las Naciones víctimas de la guerra. Estos propósitos no son suficientes para crear un mundo mejor que el de antes de la guerra. El Presidente Roosevelt y el primer Ministro Churchill definieron en la Carta del Atlántico las aspiraciones de las Naciones Unidas y el primero, en memorable discurso, las aclaró resumiéndolas en las clásicas cuatro libertades.

Entre ellas está la liberación de la miseria y el hambre, no sólo para un pueblo, ni para cierto número de pueblos, no sólo para los que han sufrido en esta guerra, no sólo para los vencedores, sino para todos los pueblos de la tierra.

La obtención de un "standard" de vida, compatible con la plena salud y bienestar del individuo para todos los grupos humanos, habrá de ser una de las conquistas cuyo punto de partida ha de encontrarse en esta guerra, si la humanidad realmente pretende volver por sus fueros restableciendo el respeto a la dignidad humana.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre alimen-

tación y Agricultura, reunida en Hot Springs, Vir. en el verano pasado, fue el punto de partida de una acción internacional concertada para lograr este propósito elevado.

En ella se concertaron los principios básicos de la alimentación correcta, se empezó a planear el desarrollo de la producción y el perfeccionamiento de la distribución, se creó un Organismo provisional que habrá de ceder su lugar a uno definitivo para el logro del objeto que nos preocupa.

México está obligada, como una de las Naciones Unidas, a cooperar en la medida de sus posibilidades para el logro de este ideal. Cada nación habrá de declarar que es responsabilidad del Estado ver que el pueblo no carezca de lo necesario para su subsistencia, y empezar a elaborar un plan coherente y comprensible de desarrollo de sus recursos alimenticios. Pero no podemos sino reconocer que el Estado necesita la colaboración de todos los ciudadanos que, conscientes de sus obligaciones habrán de trabajar incesantemente para redimir a la gran porción de la humanidad que aún vive en la miseria en un proceso lento de agotamiento que hace de esta tierra digna de mejor suerte un verdadero Valle de lágrimas.

Concertando nuestros esfuerzos, luchando porque, como dijo el Presidente Roosevelt en su discurso de Monterrey y repitió ante nosotros en Wáshington "ninguna Nación o grupo de Naciones explote en provecho propio los recursos de otra Nación" será factible el logro de nuestras aspiraciones, obteniendo que los sufrimientos de esta terrible guerra no hayan sido en vano.

La Humanidad, esperamos, habrá aprendido objetivamente la lección de que el Poder y la Riqueza no pueden ser firmes en sí, sino medios para hacer la felicidad del hombre. No de un hombre, ni de un grupo reducido de hombres, repito, sino de todos los hombres con los que habremos de compartir cristianamente el pan nuestro de cada día.